

De principios tan firmes y seguros,
 Que nunca puedan admitir idea
 Que de Dios y la fe digna no sea.

Santos en un amor vivo y ardiente,
 Que por su Dios se muestre indiferente
 A todas las humanas aficiones;
 Santos tambien en todas las acciones,
 Que jamas las infeste la malicia,
 Y siempre las gobierne la justicia.

Santos dentro de casa, porque en ella
 Reina el orden, la paz y la union bella;
 Y santos en las calles, en el templo,
 Y en todas partes para dar ejemplo.
 Santos en la abundancia y la pobreza,
 Santos en la alegría y la tristeza,
 Santos al fin, en cualesquiera suerte,
 Santos en vida, santos en la muerte.
 El que sepa adquirir méritos tantos
 Erá un dia á reinar entre los santos.

LA PAZ DEL ALMA.

PARTE PRIMERA.

O dulce paz del alma! ¡ó venturoso!
 El corazon que vive sin disgusto!
 Que en tranquilo reposo,
 Y en todos los sucesos resignado,
 Respira sin temor, vive sin susto,
 A Dios como á su padre abandonado;
 Que ni la suerte dura
 Le puede atormentar con su amargura,
 Ni el próspero destino,
 Cuando marchando va por su camino,
 Puede alterar su pecho sosegado;
 O bienaventurado
 El hombre á quien el cielo responde
 Da en la tierra tan plácido consuelo!
 Mas ; quién puede gozar de tal reposo?
 El mortal virtuoso,
 Que ama á su Dios con voluntad entera,
 Que le adora y le sirve fervoroso,
 Y que estar en su gracia humilde espera.

No está seguro : nadie estarlo puede,
 Este don á un mortal no se concede.
 San Pablo no lo estaba, mas tendido
 A la ley de su Dios y su doctrina,
 La sigue con afecto sometido;
 Su conciencia por mas que la examina,
 No le baldona nada :
 Su alma fiada en la bondad divina
 Piensa que, si al instante arrebatada
 Fuera de Dios al tribunal postrero,
 Hallara un Padre mas que un Juez severo ;
 Esta amable esperanza
 Produce su tranquila confianza.
 La paz de la virtud es recompensa ;
 En vano hallarla piensa
 El que á sus gustos solo dedicado
 Vive sin freno, ó vive descuidado.
 El cielo la concede únicamente
 Al mortal que con animo esforzado,
 Evitando las faltas mas groseras,
 No se permite ni aun las mas ligeras ;
 Que cuando le habla Dios interiormente,
 Responde puntualmente,
 Y abre su corazon con eficacia
 A los dulces impulsos de la gracia ;
 Que en las dudas procura esclarecerse,
 En los remordimientos contenerse ;
 Que en cualquier suceso malo ó bueno
 Se mantiene sereno,

Reconoce de Dios la providencia,
 Y se somete con tenaz paciencia.
 Así libre de afanes y temores,
 Sin inquietud que su ánimo atormente,
 Solo piensa en servir atentamente
 A su Dios, el Señor de los señores ;
 En temblar de sí mismo y su flaqueza,
 En llorar de su vida los errores ;
 Y espera que á pesar de su bajeza,
 Huyendo todo mal, toda discordia,
 La hallará todavía,
 Porque sabe que el Dios en que se fia,
 Es Dios de paz y de misericordia.
 ¡ O mil veces dichoso
 El que libre de todas inquietudes
 Ganó con sus virtudes
 Este tesoro que es el mas precioso !
 Que hace el debido aprecio,
 Por haberle comprado á mucho precio !
 ¡ Ay ! ; cómo le conserva cuidadoso !
 ¡ Cómo con dulce ardor, con calma pura,
 Sabe gozar de Dios y su dulzura !
 Vosotros los mortales corrompidos,
 No lo podeis pensar ; abandonados
 Al grosero placer de los sentidos,
 Y de fuertes pasiones embriagados,
 Ni siquiera se ofrece á vuestra mente,
 Que pueda estar contento y sosegado
 El corazon sencillo é inocente,

Que está conforme con su bajo estado,
 Los que atados con rígidas cadenas
 En sus torpes placeres desreglados,
 Buscando las delicias, hallan penas,
 Y sudan para hacerse desdichados,
 No se imaginan que un oscuro asilo,
 Donde no hay resplandor ni nacen flores,
 Pueda habitar un ánimo tranquilo,
 Que no envidie tan frívolos errores,
 Este gozo de Dios sublime y puro
 A los profanos ojos está oscuro.
 De la virtud el plácido semblante
 A su vista es muy triste y desabrido,
 Y siempre la calumnia el que ignorante
 Su placer interior no ha conocido.
 Pero anda á preguntar al alma pura
 Que en su cabaña obscura
 Sin galas, diversiones ni paseos
 Habita sin temor y sin deseos;
 Al alma simple, al corazón derecho,
 Que amando todo lo que Dios ha hecho,
 Y mas que todo á Dios, viviendo justo,
 Le sirve con placer, le ama por gusto.
 Observa su aire cándido y modesto,
 El tono de su voz suave y compuesto,
 Mira esos ojos, cuyo aspecto blando
 La dulzura del cielo están vibrando,
 Pregúntale despues, si el Dios que adora
 No endulza con su ardor y su ternera

De su austero retiro la aspereza?
 Si no encuentra placer en lo que llora?
 Si el olvido del mundo y la pobreza
 Le afligen un instante noche ó dia?
 Ah! cómo te dirá con alegría,
 Que los gozos del mundo son livianos,
 Mezclados de dolor, muy inferiores
 A los placeres vivos, soberanos;
 A las delicias puras é interiores,
 Que el Dios de amor al corazón destina,
 Cuando le embriaga en su embriaguez divina.
 Cuando esta dulce paz entra en el pecho,
 El corazón del hombre dilatado
 Las vias del Señor sigue derecho,
 Con su divino influjo confortado.
 En las virtudes rápido se avanza,
 Y los dones de Dios feliz alcanza,
 La dulzura, el reposo sosegado,
 La quietud, el amor, y la esperanza,
 Ya vive con su Dios, y ya no vive
 Sino solo para él, pues de él recibe
 Solamente su vida y su contento.
 Desde entónces para él ya no hay tormento,
 Ya no hay penas, afanes, ni inquietudes;
 La austera penitencia le es amable,
 Y por el dulce amor de las virtudes
 Hasta la soledad le es agradable.
 Así de tanta dicha satisfecho
 De ningun bien humano necesita;

El sabe que la paz está en su pecho,
 Y que solo en la paz su Dios habita;
 Que este es el reino santo y venturoso,
 Que el mismo Dios nos reveló piadoso
 Formarse en nuestros propios corazones;
 Que Dios unirse quiere con el alma,
 Y enriquecerla con sus santos dones;
 Pero es preciso que la vea en calma,
 Porque no viene á una alma turbulenta:
 La paz le forma el trono en que se sienta.
 ¡O paz, hija de Dios! fiel retrato
 Del Padre omnipotente de que vienes,
 ¡Cuánto tú le pareces en el trato,
 En la dulzura y caridad que tienes!
 Si algo pinta en el mundo la grandeza
 Del sabio Autor de la naturaleza,
 Es el justo que firme, imperturbable,
 Vive tranquilo en paz inalterable.
 El corazón del hombre es muy flexible,
 Débil, flojo y sensible,
 Y cuando sufre vigoroso y fuerte
 Los esquivos rigores de la suerte,
 Soportando el dolor, sufriendo sabio
 La injusticia, la afrenta y el agravio,
 Se muestra superior á su destino,
 Y parece acercarse á lo divino.
 Solo Dios y su auxilio favorable
 Pueden tenerle en calma tan estable,
 Y hacerle practicar virtudes tantas,

Que todas son divinas, todas santas,
 La enfermedad, la muerte y sufrimiento,
 Léjos de hacerle mal son su contento;
 Para su gusto es dulce la amargura;
 Sufre con sumisión la suerte dura;
 De todo se consuela cuando piensa,
 Que en el cielo hallará la recompensa.
 Así eleva al mortal con su dulzura
 A sublime region, á esfera pura,
 Y le arranca á pesar de su flaqueza
 Rasgos que exceden la naturaleza:
 Siempre fiel, siempre exacto y diligente
 Ama á todos, de todos es amigo,
 Porque está bien, su corazón lo siente,
 Con su Dios, con su prójimo y consigo.
 Con su Dios, todo amor y confianza;
 Se abandona á su dulce providencia;
 Siempre de su Señor en la presencia
 Con los ojos del alma, ardiente lanza
 Fuegos de amor, que salen de su seno,
 Y suben al altar de un Dios tan bueno.
 Con el prójimo todo deferencia,
 Dulzura, caridad, condescendencia;
 Jamas resentimiento, nunca queja:
 Esto turba la paz, esto la aleja,
 Si ve defectos, trata de esconderlos;
 Si busca males, es por socorrerlos.
 Consigo mismo duro y laborioso,
 Cuando tiene caudal es generoso;

Pero en cualquiera suerte ó circunstancia,
 No flaquea su intrépida constancia,
 Y siempre pronto á entrar en el combate,
 Nada le desconcierta ni le abate.

Si se viera perdida su fortuna,
 Puesto en prision por pérfidos testigos,
 Si viera, que traidores sus amigos
 No le dejaban esperanza alguna,
 Y que todo recurso al fin es vano,
 Sensible, es natural, pero cristiano:
 Se le veria firme y sometido,
 Como un peñasco de la mar batido,
 Y presentando inmóvil blando el ceño,
 Con semblante pacífico y risueño,
 De todas estas ruinas formaria
 Un altar, que á su Dios consagraria,
 Y para hacerle la oblación entera,
 Un cántico de gracias añadiera.

Lo que da horror á su ánimo esforzado
 Es el odioso aspecto del pecado,
 Del pecado mortal, cuya malicia
 Hace que huía la paz con la justicia;
 Y si por su flaqueza ó su desgracia,
 Ve que ha perdido la divina gracia,
 Entonces los gusanos torcedores,
 Y los remordimientos vengadores
 De su Dios ultrajado,
 El corazon le dejan destrozado;
 Busca la paz; pero la paz se ha ido.

Oye la voz del arrepentimiento,
 Y entónces humillado, no abatido,
 Lloro su error con trágico lamento,
 Implora la virtud que ha abandonado,
 Se acuerda de su Dios, Dios de clemencia,
 Que para perdonar el atentado,
 Solo espera á mirar la penitencia.

Corre veloz al tribunal sagrado,
 En que por un poder que es infinito,
 La confesion del pérfido delito
 Se hace virtud; se acusa prosternado,
 Gime, pide al ministro que le auxilie,
 Que con su amado Dios le reconcilie,
 Y no nace en su alma
 La suspirada paz, la dulce calma,
 Sino cuando el ministro allí le absuelve,
 Le dice: Vuelve en paz, y en paz se vuelve.

PARTE SEGUNDA.

PERO ; cuánto es mayor su alta ventura,
 Cuando al salir de tan profundo abismo,
 Va y recibe á su Dios, á su Dios mismo,
 ; Qué gozo ! ; qué dulzura !
 Cuando se acerca á la divina mesa,
 Que su Dios viene, y que su boca besa !
 El recibe con ansia enardecida
 Esa carne que al alma da la vida ;
 Esa carne de un Dios sacramentado,

Que destruye el pecado,
 Que de su fuego el corazón aviva,
 De la inmortalidad simiente viva,
 Que con activo ardor el pecho enciende,
 Y á mas alta virtud subir pretende.

Arde de nuevo en el amor divino;
 Pero la paz le descubrió el camino,
 El dolor se la trajo, la esperanza
 Puso en el corazón la confianza,
 Y encendió de la fe la antorcha oscura,
 Despertando su amor y su ternura.

¿Cómo pudiera un ánimo turbado
 Sentir la dulce union que el cielo quiso
 Producir por amor, cuando apiadado
 Inflamó nuestras almas? es preciso,
 Que el corazón del hombre esté sereno,
 Para sentir que Dios está en su seno.

Así la dulce paz es necesaria
 De su vida en el curso á los mortales:
 Ella regula su fortuna varia,
 Criando bienes y templando males;
 Pero nunca es mas útil á su suerte
 Que en el triste momento de la muerte.

Mira aquel moribundo, que en su lecho
 Desfigurado, pálido y deshecho,
 Lucha con ella, pues que ya fallece:
 Cuanto registra todo le estremece,
 Todo es funesto, negro y pavoroso,
 De la muerte el aspecto es espantoso.

La inquietud de su pecho se apodera,
 Mas urgente el terror le desespera,
 Muchos espectros de semblante duro
 Andan vagantes en su cuarto obscuro,
 Y ve que le amenazan enojados:
 Sus amigos, que llegan consternados,
 Sus parientes, que quieren asistirle,
 Solo vienen allí para afligirle;
 Ya no puede esperar remedio humano.
 ¡Ay mi Dios, si tambien llega el tirano,
 El voraz y cruel remordimiento,
 ¡cuál será su terror! ¡cuál su tormento!

Pero no; este mortal era virtuoso,
 O por lo ménos con la penitencia
 Supo dejar tranquila su conciencia,
 Y ahora con impulso religioso,
 Para asistir al inflexible juicio,
 Ofrece de su vida el sacrificio:
 Por eso con aspecto decoroso
 Llega la amable paz, viene á alentarle,
 Y quiere hasta la tumba acompañarle:
 Con su semblante dulce y apacible
 Ahuyenta lo espantoso, lo terrible;
 Los espectros se esconden disipados,
 Y se deshacen todos los nublados.

Los objetos mudando de figura,
 Ya no se dejan ver con faz tan dura,
 Sino con rostro plácido y risueño.
 La muerte ya no es mas que un dulce sueño;

El Juez inexorable, Padre amante,
Y aquel que se llamó fatal instante,
Es el momento de feliz consuelo
En que acaba la tierra, empieza el cielo.

Vuela, divina paz, y con tus alas
Como el veloz relámpago te eleva:
Vuela, y penetra las etéreas salas.
Ese feliz mortal á su Dios lleva,
Y déjale en su seno soberano;
Mas vuelve á consolar tanto cristiano,
Que para el mismo viaje ya te espera.
Vuelve á la tierra rápida y ligera,
Porque hay en ella muchos desgraciados,
Que de infernales furias acosados,
Con triste afán y congojoso aliento
Aguardan con terror este momento.

¡ Ah deliciosa paz ! si para hallarte
Cuando salimos de este triste mundo,
Nos fuera necesario ir á buscarte
De una oscura caverna en lo profundo,
Habitar los desiertos horrorosos,
O atravesar los mares procelosos,
No hay mortal miserable,
Que intrépido no fuera,
Y todos esos riesgos no corriera.
¡ O paz dulce y amable !
Del celestial tesoro el bien mas alto,
¡ Nos dejarás en tanto sobresalto ?
Pero no, paz divina, paz celeste,

Nunca te pones tú léjos del alma.
Para gozar de tu agradable calma,
Es preciso sin duda que algo cueste;
Mas cuando ciega la pasión no ofusca,
Te halla seguramente el que te busca.
Para encontrarte en la hora postrimera,
Buscarte en vida es el mejor camino:
Tú conduces segura á su destino
Al que te supo dar la vida entera,
Al que en vida te amó con pasión pura:
El gozo de tu halago y tu dulzura,
Antes de que nuestra alma se despida,
Es el fruto y trabajo de la vida.

¡ Pero hay medios con que nuestro respeto
Se pueda procurar este tesoro ?
Sin duda... Dios eterno, Dios que adoro,
Dígnate de explicarme este secreto;
Yo deseo saberlo únicamente
Por adorar mejor á un Padre amante;
Por gozar de su amor tranquilamente,
Con paz dulce, con ánimo constante.
Dime, pues, ¡ cómo yo podré lograrla ?
¡ Y cuáles son los medios de ganarla ?

El primero, el mayor, el necesario
Es evitar con voluntad entera,
Con ardor incesante y nunca vario
La sombra de pecado mas ligera.
Este es el enemigo, es el contrario,
Que con fuerza mayor la paz altera,

Veneno activo que ponzoña vierte,
 Puñal terrible que la da la muerte,
 Gusano roedor que en ella mora,
 Vuitre que las entrañas la devora.
 El pecador jamas estará en calma;
 ¿Y de qué paz podrá gozar el alma
 Cuando viene á pensar que Dios en ira
 La aborrece, y colérico la mira?

Era digno de tí, Dios grande y justo,
 Que el hombre que desprecia por un gusto
 De tu ley soberana la dulzura,
 No pueda hallar en él mas que amargura;
 Pero mas infeliz, si en su pecado
 Pudiera estar tranquilo y sosegado,
 Gozando de sus péfidos placeres.
 ¿Qué funesta señal! la mas terrible;
 Ya no eres mas su Dios, su padre no eres,
 Pues parece á tus iras insensible.
 Tú no nos abandonas, ni te alejas,
 Cuando en el alma dejas
 Algun remordimiento que la asombre;
 Pero cuando este calla, ¿á Dios el hombre!

Otro medio tambien para que venga
 La paz al corazon, es el cuidado
 De arrojar todo gusto desreglado,
 Todo deseo que malicia tenga;
 Y si á pesar del mundo y de su abismo
 La paz del cielo buscas en la tierra,
 Declárales la guerra

A todos tus sentidos y á tí mismo.
 Evita sobre todo las pasiones;
 Sus mentidas perversas ilusiones
 Seducen con su error los hombres ciegos,
 Son furiosos volcanes, cuyos fuegos
 En el alma producen el desórden,
 Y se oponen á Dios, Autor del órden.

La razon las sujeta con su freno;
 Nunca la paz habitará en tu seno,
 Si no reglas con celo y con prudencia
 El ímpetu feroz de su violencia:
 Una sola pasion cuando es urgente,
 Desregla el corazon, turba la mente.

Pero el medio mas cierto é infalible
 De obtener este bien apetecible,
 Es levantar el corazon al cielo;
 Dejar todo conato, todo anhelo,
 Y con ánimo humilde abandonado,
 Estar siempre dispuesto y resignado
 A recibir de Dios lo que te venga,
 Sin que el deseo nunca lo prevenga;
 Arrojar en sus brazos sin tardanza,
 Fundar en su bondad nuestra esperanza,
 Hacer nuestros deberes con empeño,
 Y dejarle despues único dueño
 De ordenar nuestra suerte como quiera,
 Vil ó elevada, triste ó placentera.
 Dios sabe lo que el hombre necesita,
 Su caridad de Padre es infinita;

Firmos pues en ella, y con paciencia,
Esperemos su dulce providencia.

Cuando el alma ayudada de la gracia
Ha logrado esta paz dulce y secreta,
¿Qué disgusto, qué acaso, qué desgracia
Pueden hacerla tímida ó inquieta?
¿Qué puede conturbar al que prefiere
La voluntad de Dios en cuanto hiciere,
Que desea que en nada se limite?

¿Qué estado tan felice, qué reposo
Goza el mortal que puro y religioso
A la divina ley siempre sujeto,
Fiado en su bondad nunca está inquieto,
Porque amar sometido se propone
Todo lo que hace el Dios que lo dispone?

¡Gran Dios! si alguna vez mi voz sensible
Ha subido á tu trono inaccesible,
Y me oyó tu bondad benigneamente,
Mas que nunca hoy te implora reverente.
Dame, dame, Señor, la paz amable,
Esa paz con que ya tu gloria empieza.
Otros á tu piedad inagotable
Pedirán la fortuna, la grandeza,
La vida acomodada, el alto empleo;
Mas yo sola la paz, la paz deseo.

Esa divina paz que de tí viene,
Ese bien en virtudes tan fecundo
Yo no le puedo conseguir del mundo,
Que nadie puede dar lo que no tiene;

Ménos la puedo hallar en mi flaqueza.
Tú que formaste mi naturaleza,
Sabes que mi alma siempre vacilante
Conturbada se siente cada instante,
Y que mi corazon infelice gime
Del mas ligero mal que le comprime;
Y pues solo, Señor, de tu ternura
Puede esperar mi ardor dicha tan pura,
Haz reinar en mi pecho, da á mi anhelo
Esta paz, con que reinas en el cielo.

POEMA XXIII.

LA ESPERANZA.

PARTE PRIMERA.

NACE el hombre en el llanto,
Vive con penas, muere con dolores,
Y muere desdichado si no es santo:
Esta es en breve toda su carrera.
¿Qué infelice que fuera!
Jamás sufrir pudiera sus rigores,
Si una dulce esperanza no tuviera;
Pero espera delicias celestiales

Por feliz recompensa de sus males,
 Y esto basta á aliviar su infausta suerte,
 Pues con esta esperanza sostenida
 Soporta los afanes de la vida,
 Y endulza los horrores de la muerte.
 ¿Qué hace el hombre en la tierra?
 Sufrir; este parece su destino.
 Cuanto existe en el mundo le hace guerra,
 Y marcha por un áspero camino
 Tan lleno de tropiezos y embarazos,
 Tan cubierto de redes y de lazos,
 Y al mismo tiempo lóbrego y obscuro,
 Que en él no puede dar paso seguro.

El mundo no le ofrece mas que errores,
 Y ninguna luz cierta le presenta;
 El pan que le alimenta
 Le compra á mucho precio de sudores;
 Su vida de inquietudes está llena,
 Cada dia produce nueva pena,
 Y cuanto mas se alarga,
 Tanto mas le parece mas amarga,
 Porque crece el torrente de pasiones,
 De disgustos, afanes y aficciones.

Los que le emulan nada le perdonan,
 Son traidores sus pérfidos amigos,
 Sus parientes ligeros le abandonan,
 Le acosan sin piedad sus enemigos,
 Le desconciertan todos sus proyectos,
 Ve malogrados todos sus afectos;

Y cuando ya cansado
 De tantos males que aliviar desea,
 Cuando ya de su error desengañado
 Algun remedio busca,
 Su robustez ya lánguida flaquea,
 Su espíritu se ofusca,
 Viene la enfermedad que le destruye,
 Y al fin la muerte todo lo concluye.

Tal es el triste, mas fiel retrato
 Del infeliz mortal; desde la cuna
 Hasta el sepulcro con destino ingrato
 Le persigue inflexible la fortuna,
 Y este del hado pérfido abandono
 Alcanza á la cabaña como al trono.
 El hombre desdichado
 Padece en todo tiempo, en todo estado,
 Cada cual tiene su interior lamento,
 Y ninguno en el mundo se halla exento.

Si escuchar se pudieran los gemidos
 De cada corazon sobre la tierra,
 Los afectos del pecho comprimidos,
 ¡Ay Dios! ¡qué confusion! ¡que horrible guerra!
 Solo se oyeran tristes alaridos
 De un dolor, aunque oculto deplorable,
 Un concierto funesto y lamentable
 De gritos, de dolor, todos salidos
 De las chozas, las casas y palacios
 Que inundaran del aire los espacios.
 ¡Cuántos que visten oro, y pisan flores

Exhalan en secreto sus dolores,
 Afectando un semblante complacido!
 ¡Qué padres cuyo pecho está oprimido
 Cuántas madres sollozan sin consuelo,
 Qué esposas anegadas en su llanto,
 Qué indigentes que claman con anhelo,
 Qué enfermos, que en su mísero quebranto
 Desahogan su dolor con alaridos,
 Qué inocentes que sufren perseguidos,
 Qué presos en las cárceles atados,
 Qué locos, qué mendigos, qué llagados,
 Y tantos otros que infelices penan,
 Y que la tierra llenan!
 Este es el hombre, y estos son los males,
 A que están condenados los mortales.

¡O Dios! Dios de bondad que los hiciste,

- ¡Solo para penar los has criado?
- ¡Los hombres que á tu imagen has formado,
 Víctimas de dolor hacer quisiste?
- Y entre tanta miseria y desconsuelo
 ¡No les harás brillar algun consuelo?

Ven, amable esperanza, y con tu encanto
 Alivia nuestro llanto;
 Ven á calmar tan míseros dolores
 Con tus dulces y bellos resplandores.
 Cuando tú nos declaras
 De los bienes eternos la dulzura,
 Y la dicha inmortal que nos preparas,
 Tú nos endulzas toda su amargura.

Qué alivio, qué consuelo
 Es poderse decir en su desvelo:
 Yo padezco, es verdad, gimo en la tierra,
 Que es mansion del dolor, pais de guerra;
 Pero yo soy formado para el cielo,
 Para obtener placeres superiores,
 Y gozar de divinos esplendores:
 Todo pasa en el mundo, y pasa presto,
 Gustos y penas, gozos y dolores,
 Y no quedan ni huellas de todo esto.

¡O dia grande de la luz eterna!
 Dia sin fin, la noche en tí no alterna,
 Quizá va á despuntar tu primer rayo:
 Yo te espero sin ansia ni desmayo;
 Se acabarán mis males pasajeros,
 Y empezarán los bienes verdaderos.
 Yo aspiro á un trono de inmortal grandeza
 Trono que nunca acaba, cuando empieza,
 Y debo con mis méritos ganarlo;
 Yo he sido delincuente, debo expiarlo.
 Yo me dirijo á celestial destino,
 Fuerza es sufrir las penas del camino.
 ¡Qué importa que esta vida deleznable
 Se pase en la amargura,
 Si de vida mejor y perdurable
 Puedo ganar con ella la dulzura?
 El mal dura muy poco, y con la muerte
 En corona de gloria se convierte.

PARTE SEGUNDA.

A sí consuelas, esperanza amable,
 Cuando nos dura de la vida el peso;
 ¿Pero cuánto mayor es tu embeleso,
 Cuando la parca dura, inexorable
 Contra nosotros su furor extiende?
 ¿O cuando fiera arrebatara pretende
 Las personas que amamos con ternura?
 Siempre el hombre la muerte se figura
 Con tristes sombras, y funestos velos
 De destrucción, de soledad y ruina,
 Cubiertos de pesares y de duelos;
 Su limitada vista nunca atina
 Mas que á buscar fortunas y consuelos
 En lo que el breve tiempo circunscribe;
 La esperanza, que vive
 Con todos sus deseos en el cielo,
 Levanta mas su generoso vuelo,
 Y mira que la muerte,
 Cuando es buena, mejora nuestra suerte,
 Que el fin de nuestra vida trabajosa
 Es el principio de otra venturosa,
 Y que el alma, rompiendo las cadenas
 De este cuerpo mortal, libre de penas,
 Se transporta exhalada
 A la region para que fué criada.
 Si mira que un amigo ó pariente

A la muerte han pagado su tributo,
 A pesar de las lágrimas y el luto
 Que hacen una familia tan doliente,
 Y que la tienen tan desconsolada,
 Ella sola tranquila y resignada
 Consuela a los que míseros se afligen,
 Porque al cielo sus ojos se dirigen.

Ella dice al buen hijo que deplora
 La muerte de su padre: Hijo querido,
 Tu padre lloras, mas no está perdido;
 En la mansion celeste feliz mora,
 Salió por fin de su destino incierto,
 Ya terminó su viaje, llegó al puerto,
 Y al Padre universal por tí le implora.

Al amigo le dice: ¿Por qué triste
 Lloras al tierno amigo que perdiste?
 No imagines que te haya abandonado,
 Porque ha volado á la celeste esfera,
 Solo por breve tiempo separado
 Reunirse contigo presto espera,
 Y Dios os unirá con lazo eterno.

A la madre que llora un hijo tierno,
 La dirá: Deja el llanto, y considera
 Cuánto es injusto tu dolor activo;
 El hijo por quien lloras está vivo:
 Para morir, tu seno le dió al suelo,
 Pero ahora mas feliz vive en el cielo.

A la esposa, que llora desolada,
 La dice: No te aflijan sus destinos;

Si tu esposo ha empezado la jornada,
Es para prepararte los caminos.
Ya la presencia de su Dios le inflama,
Y desde el cielo con ardor te llama,
Para partir contigo su reposo
En dulce union con el divino esposo.

O cristiano fiel, pues que naciste
Para gloria que término no tiene,
Tu débil corazon no se contriste
Cuando la parca inexorable viene
A poner fin á tus mortales hados.
No te aflijas como esos desdichados
Que viven sin tan plácida esperanza,
Oye su voz con tierna confianza,
Mira el glorioso fin que te declara,
Ve el brillante lugar que te prepara,
La luciente corona que te ofrece,
Y recíbela en fin como merece.

Sufre pues con valor las aflicciones,
No temas mas que al mundo y tus pasiones:
Toma tu cruz con gozo y alegría,
Y sufre con constancia todavía
Algun tiempo de afan, de dura suerte;
Mas léjos de temerla, ama la muerte,
Porque ella sola canta la victoria,
Y puede darte el triunfo de la gloria.
¡O Dios santo! ¡Dios grande y poderoso!
¡Dios misericordioso!
En tí es solamente

En quien mi afecto humilde y reverente
Puede ver la razon de su esperanza;
Fuera de tí, Señor, ¡en quién pudiera
Fundar mi confianza?
¡En mis merecimientos? ¡Dios eterno!
Si no fuera por tí, ¡de mí qué fuera!
Sin tu misericordia inagotable
Tu víctima seria en el infierno.
Largo tiempo desleal y miserable
No he sabido, Señor, sino ofenderte,
Y cuando observo de mi vida el giro,
Yo mismo, yo me admiro
De que no me hayas dado eterna muerte.

¡Me fiaré en el mundo corrompido?
Pero ¡ay! ¡quién no conoce sus engaños?
¡Quién se ha fiado de él que no haya sido
Víctima de su error y de sus daños?
¡Qué se puede esperar de un mundo loco
En que se escucha la razon tan poco?
¡Qué puede dar un monstruo desbocado,
Que en perfidias y vicios anegado
Es continuo taller de los delitos,
Y fragua en que se forman los prescitos?
¡Me fiaré en los hombres? ¡Desdichado
El que en brazo de carne se confía!
Socorro débil que no dura un dia,
Débil vapor que el aire ha disipado.
Pasa el hombre, y con él su valimiento,
Mas rápido y fugaz que pasa el viento;

¿Cómo esperar en él? ¿cómo fiarse,
 Cuando él mismo no puede asegurarse?
 Meteoro brillante que aparece,
 Hoy existe, mañana desaparece,
 Cada instante á la tumba se desliza,
 ¿Cómo pues esperar en la ceniza?

Y pues que mi razon en cuanto alcanza,
 Para hallar el perdón de mis delitos,
 Y obtener de tu gracia la esperanza,
 Puede solo estribar su confianza
 En tus méritos santos é infinitos;
 Implora tu piedad con todo el fuego
 De que es capaz mi corazon rendido:
 Tú escuchar con piedad has prometido
 Al importuno y humillado ruego;
 Haz pues que odie al pecado mas que á todo,
 Que huya de su mortífera ruina,
 Que no resista á tu impulsión divina,
 Que este sería de alejarla el modo.

Que sufra las desgracias con paciencia,
 Y que llorando el mal que he cometido,
 Crea que por haberlas merecido,
 Te las debo ofrecer por penitencia;
 Que yo eleve hasta tí mis pensamientos,
 Y encienda de mi pecho el frio hielo
 Con el agua ferviente, que del cielo
 Desciende en los divinos sacramentos;
 En fin, para que mi alma venturosa
 Halle piedad en el final juicio;

La Iglesia por postrero beneficio
 Me diga cuando muera: En paz reposa;
 Con esto mi esperanza placentera
 Solo fiada en tí, mas siempre activa,
 Sostendrá mis alientos miéntras viva,
 Y volará á tu seno cuando muera.

POEMA XXIV.

LA MUERTE.

PARTE PRIMERA.

EL negocio mas grave de la vida
 Es prepararnos una buena muerte,
 Y el medio de lograr tan dulce suerte
 Es que con atencion no interrumpida
 El hombre la medite muy de intento,
 Ocupando con ella el pensamiento.
 Del medio de los velos horrorosos,
 Con que la triste muerte está cubierta,
 Suelen salir los rayos luminosos,
 Que al feliz desengaño abren la puerta;
 Su vista causa sustos, turbaciones,
 Pero inspira sublimes reflexiones.